

TOLEDO CLAVE EVIDENTE EN EL QUIJOTE DE 1605

JOSÉ ROSELL VILLASEVIL

Correspondiente

Tenemos las Jornadas Cervantinas Ciudad de Toledo correspondientes a este abril de 2004, vísperas ya del IV Centenario de la publicación del Quijote. Jornadas que comenzaron en el Palacio de Benacazón y fueron clausuradas en el Salón de Mesa, sede de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

La asistencia de público a los siete actos en que el evento se dividía, fue la correspondiente y cabal para un tema tan específico y exquisitamente selecto donde normalmente, suelen estar los que son y faltar, justamente, los que no son.

Hemos vivido estos días (rememorando mejor) en Toledo la pasión localista de un poeta universal («raro inventor» de sueños) quien, desde su primer libro («La Galatea», 1585) hasta el último («Los Trabajos de Persiles y Segismunda», 1617), dedicó a la Ciudad Imperial lo mejor de su amor y su ingenio. Y lo hemos vivido de la mano de nuestros amigos de la Sociedad Cervantina de Esquivas, lugar que fue idóneo para la recuperación de un Cervantes que llega derrotado del mundo y busca en la villa sagreña –por unos meses– su cuartel de invierno. Y encontró en Catalina Palacios la inspiración, la clave para un mundo literario nuevo. Hemos andado por la Ciudad de las Tres Culturas, estos días, con Cervantes al lado y un libro en las manos abierto como símbolo vivo de su inmortal alegría; justamente tras la pista de un libro, de su propio libro, como llegara Miguel a Toledo aquella lejana primavera. ¡Como era posible que la historia de su loco sublime se

trunca, por falta de texto, justamente al inicio de la Batalla del Vizcaíno (Capítulo VIII) en el inmenso y telúrico mar de Puerto Lápice.

Deambuló Cervantes, varias veces, arriba y abajo, buscando los textos desaparecidos entre las Cuatro Calles y la placita de la Ropería. ¿Cómo era posible que la historia de aquel Caballero famoso se hubiera volatilizado en el tiempo, que era tan cercano, pues en su librería figuraban «Ninfas y pastores de Henares» (Alcalá, 1587); «Desengaño de Celos» (Madrid, 1586) y «El Pastor de Iberia» (Sevilla, 1591).

Como era su costumbre, ya había girado Miguel, visita a los libreros toledanos que solían ubicarse en la encrucijada, en la Chapinería o en el Callejón del Fraile. Porque Toledo, atalaya siempre de la cultura, desde un principio se halló inmersa en la galaxia de Gutenberg. Aquí se imprimieron algunos de los libros que incendiaran la hermosa locura de Don Quijote: «El Caballero de la Cruz» (1563 - Casa Miguel Ferrer); «Don Bernardo del Caprio» (1585); «Palmerín de Oliva» (1555 y 1580)...

Todavía quedaba en el siglo XIX un viejo y sabio librero en las Cuatro Calles; se llamó Blas Hernández, gran coleccionista de manuscritos amigo del historiador Martín Gamero y antecesor de la actual imprenta y papelería «Serrano».

En pleno Alcaná toledano, camino de misterios cervantinos, se cruzó Miguel de Cervantes con su propio libro. Lo llevaba un muchacho en unos cartapacios escrito por Cide Hamete Benegeli, para venderlo a un sedero.

Y lo compró Miguel por real y medio siendo suyo: era la resurrección de Don Quijote (Capítulo IX) quien había quedado varado, junto al Vizcaíno don Sancho de Azpeita, en ese mar infinito telúrico de la Mancha. Magnífico suspense: ambos con las espaldas levantadas al aire amenazando al cielo y al abismo...

